

Mitos, Culturas y tradiciones en la globalización

La “cultura de la memoria”: problemas y reflexiones

*Gilda Waldman M.**

Resumen

El artículo plantea que la emergencia de la memoria como preocupación cultural y política central de nuestras sociedades contemporáneas es un fenómeno mundial que atraviesa los más diversos espacios geográficos. El texto esboza algunas explicaciones sobre el por qué de esta intensa “obsesión memorialística”, señalando, al mismo tiempo, algunas de sus paradojas. El artículo analiza, asimismo, cómo se produce la apertura de la memoria relativa al pasado reciente en algunos países de Europa y en algunos otros del Cono Sur después de la experiencia de las dictaduras militares, para centrarse a continuación en la “batalla de las memorias” en México, en relación al tema de los movimientos político-armados, algunos de décadas en estos casos.

Palabras clave: Memoria, historia, cultura, re-interpretación, democracia.

Abstract

The article tries to prove that the emergency of memory seen like a cultural concern and political center of our contemporary societies is a world-wide phenomenon that crosses the diverse geographic spaces. The text outlines some explanations on why of this intense “memorialistic obsession”, indicating, at the same time, some of its paradoxes. The article analyzes, also, how the opening of the relative memory to the recent past in some countries of Europe and some others of the South Cone takes place after the experience of the military dictatorships, to be centered next in the “battle of the memories” in Mexico, in relation to the subject of the political-armed movements, some of decades in these cases.

Keywords: Memory, history, culture, reinterpretation, democracy.

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Dirección electrónica: waldman99@yahoo.com

La emergencia de la memoria como preocupación en los más diversos ámbitos geográficos, así como una constante exhortación a “recordar” y un permanente llamado a ejercitar el “saber de la memoria” se han colocado en nuestro horizonte cultural y político como tema de debate central. En contraposición con una modernidad que privilegiaba el desprendimiento del pasado como signo de renovación indispensable para el progreso, o de la cultura de vanguardia del período de entreguerras que celebraba la ruptura con el pasado y encomiaba la novedad, e incluso en contraposición con los planteamientos más recientes sobre el “fin de la historia” o “la muerte del sujeto”, quizá nunca como ahora el presente había estado tan marcado por la voluntad social de recordar. Lo que incluso se podría denominar “una obsesión memorialista”¹ se manifiesta, por ejemplo, en la restauración de antiguos centros urbanos, el culto al patrimonio, la re-invenición de tradiciones, la transformación de ciudades enteras en museos, el regreso a modas pasadas, la proliferación de exposiciones históricas y fotográficas así como de documentales televisivos, la popularización de la escritura de memorias y biografías, el resurgimiento de la novela histórica, la multiplicación de archivos, fechas conmemorativas y placas recordatorias, la recuperación de memorias y museos regionales, el entusiasmo por las genealogías, etc. De igual modo, y más allá del interés de larga data que la memoria ha despertado en la filosofía, el psicoanálisis y la antropología,² ella ha sido inquietud importante para la disciplina de la historia, particularmente a partir de las primeras décadas del siglo XX, aunque no fue sino la década de los 80 cuando se produjo una notable expansión del tema entre numerosos historiadores (en especial en Europa y Estados Unidos) en el marco de un nuevo quehacer historiográfico que intentaba trazar los nexos entre historia y memoria, incorporando a esta última –tradicionalmente excluida por su carácter subjetivo, selectivo y fragmentario– como elemento útil y necesario para el análisis.³ En este sentido, la reactivación del debate en torno a

¹ Andreas Hyssen, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México, FCE, 2002.

² Véase: Joel Candau, *Antropología de la memoria*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2002.

³ Véase por ejemplo: O. Mongin, E. Macron, P. Ricoeur, O. Abel, “Les historiens et le travail de mémoire”, *Esprit*, Núm. 266-267, agosto-septiembre 2000; y Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 2002, cap. 4.

las reglas de construcción del discurso histórico (estatuto de verdad, objetividad, neutralidad academicista, etc.) registra la influencia de nuevas líneas de investigación que rescatan los relatos de vida, la experiencia cotidiana y el testimonio (usualmente desechados por la historiografía tradicional) en un entorno que tiende a la apertura interdisciplinaria hacia los métodos de la sociología o la antropología. El interés por la memoria también ha sido particularmente notable en la Sociología, disciplina en la que se ha desarrollado incluso una “sociología de la memoria” que ha incursionado, entre otros temas, en el estudio de cómo se manifiesta la memoria en diferentes grupos sociales (geográficos, políticos, familiares, populares, obreros, urbanos, etc)⁴ y, a últimas fechas, en el marco de recuperación de la textura de la subjetividad.⁵

Sin embargo, este fuerte vuelco al pasado no deja de experimentar paradojas de diversa índole. Por una parte, de manera curiosa y casi divertida, la obsesión por la memoria se expresa, metafóricamente, en la idea de que el ‘archivo’ de los programas computacionales es el recipiente o depositario de una ‘memoria total’. Dicho ‘archivo’ aparecería, así, como el espacio idóneo de preservación, para el cual “olvidar” es transgredir, dejando de lado el hecho de que, si bien el archivo digital almacena y recupera información, posee una capacidad estática de almacenamiento, y puede llegar a ser poco confiable ante la rápida obsolescencia de los sistemas informáticos. Por otra parte el renacer de la memoria viene acompañado, de manera pendular, por un resurgir del olvido y una negativa a recordar.⁶

⁴ Josefina Cuesta Bustillo, “Memoria e historia. Un estado de la cuestión”, en: Josefina Cuesta Bustillo (edit.), *Memoria e historia*, Madrid, Marcial Pons, 1998.

⁵ Véase: Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2005.

⁶ Como ejemplo de lo anterior podría señalarse que, si bien después del Holocausto el olvido adquiría una dimensión antiética, el “Nunca más” como metáfora de la memoria no garantizaba que no se repitieran atrocidades –Bosnia o en Ruanda, por ejemplo–. En esta misma línea, y retomando el ejemplo del Holocausto, aunque sobrevivientes e historiadores han intentado preservar la centralidad de su memoria, no sólo el tiempo y la naturaleza conspiran contra la permanencia de la evidencia física de lo fueron los campos de exterminio sino que existen también otras fuerzas corrosivas que luchan con su legado, negando que existan evidencias suficientes para comprobar el genocidio sistemático de millones de seres humanos. El mandato de recordar, metaforizado en el “Nunca más” (aludiendo al significado del Holocausto) tendría, en esta línea, una connotación ética, que garantizaría su “no repetición”. Sin embargo, constantemente se producen repeticiones abominables. De igual modo, en el caso del Holocausto –fenómeno histórico en el que la memorialización pública ha sido permanente– no sólo el tiempo y la naturaleza conspiran contra su recuerdo, sino que también otras fuerzas corrosivas implementan estrategias para olvidar

En esta línea, y siguiendo a Andreas Huyssen,⁷ mientras mayor sea el imperativo por recordar, más fácilmente nuestras sociedades contemporáneas son arrastradas al remolino del olvido y, al mismo tiempo es tan grande el miedo a olvidar, que se tiende a contrarrestar estos temores con infinidad de estrategias de rememoración. En otras palabras, en nuestras sociedades posmodernas la obsesión memorialista –que convive con la materialidad de las computadoras– recicla la nostalgia y el pasado y, simultáneamente, imbricada en una dinámica de difuminación de la memoria como efecto de la aceleración del tiempo histórico, el ímpetu de los medios de comunicación de masas y el enorme influjo de imágenes e informaciones recibidas por internet que obligan a un consumo rápido, se vuelca hacia una voluntad rememoradota como mecanismo de compensación a su debilitamiento o, incluso, su ausencia.

¿POR QUÉ TAL OBSESIÓN POR EL PASADO EN NUESTRO PRESENTE?

Frente a esta interrogante, podrían esbozarse varias razones explicativas. Por una parte, un entorno de profundos y acelerados cambios experimentados en un período muy corto de tiempo –traducidos en la configuración de lo que Zygmunt Barman denomina *modernidad líquida*⁸ (caracterizada por incertidumbre, fragilidad, inseguridad, fluidez, volatilidad y precariedad)– remite a la necesidad de mirar hacia el pasado y de buscar anclajes para reflexionar sobre el significado histórico de estos cambios. En este sentido, en una posmodernidad marcada por la dislocación de los parámetros de tiempo y espacio,⁹ la disolución de la confianza y la fe en el porvenir, el vértigo del presente (“vivir aquí y ahora”), etc., no sorprende que emerja la seducción por el pasado. Frente a los cambios tecnológicos, la transformación de los entornos naturales y urbanos, o los nuevos patrones de consumo, no es de extrañar el deseo de otorgar un aura histórica a los objetos que, de lo contrario, estarían condenados a ser desechados o

un acontecimiento que cimbró la conciencia de la civilización occidental. Nos referimos específicamente a lo que Pierre Vidal-Naquet ha denominado los “asesinos de la memoria”, es decir, a los historiadores revisionistas que rechazan que el Holocausto haya sido un genocidio sistemático, sosteniendo que las evidencias son insuficientes y rechazando la veracidad de supervivientes y testigos.

⁷ Andreas Huyssen, op. cit.

⁸ Zygmunt Bauman, *Liquid Modernity*, Cambridge, Polity Press, 2000.

⁹ Véase: Javier Echeverría, *Cosmopolitas domésticos*, Barcelona, editorial Anagrama, 1995.

volverse obsoletos. Por otra parte, fenómenos como la globalización, los procesos de creciente diferenciación social, la flexibilización de los hilos homogeneizadores de la sociedad, la desterritorialización física y cultural, la revolución tecnológica, la fragmentación de los esquemas fundacionales de la nación, la reformulación de los patrones de asentamiento y de convivencia urbanos, las implicaciones que plantean las tendencias multiculturales, la redefinición del papel del Estado, los mecanismos de inserción de las sociedades nacionales en complejos macroeconómicos –y en algunos casos, macropolíticos, como es el caso de la Comunidad Económica Europea– etc., lleva a reflexionar sobre orígenes, tradiciones y trayectorias socio-culturales del pasado a fin de comprender las mutaciones que ocurren en los sustratos de los diversos ámbitos de la identidad (grupal, étnica, cultural, nacional, etc). En este sentido, la identidad está siempre ligada con la memoria, y en una era marcada por flujos territoriales y una extensa movilidad global (entre las cuales hay que destacar las migraciones masivas y las experiencias de desplazamiento y reubicación) que borran lugares e identidades de pertenencia, la memoria constituye un núcleo sustantivo de reforzamiento identitario. De igual modo, el tema de la memoria se vuelve importante cuando se fractura la idea del Estado-Nación y se debilita la comunidad histórica nacional. Es decir, cuando el consenso de la identidad colectiva y de los lazos cohesionadores de la sociedad explotan en la diversidad, en el privilegio al reconocimiento de la diferencia y a la pluralidad de sentidos de pertenencia. De igual modo, el resurgimiento de la problemática de la memoria se vincula también con los procesos de democratización y lucha por los derechos humanos (en especial allí donde la sociedad está marcada por profundas huellas de violencia estatal) expandiendo y fortaleciendo las esferas públicas de la sociedad civil. La memoria se convierte, así, en un factor esencial en todo proceso de construcción de un proyecto de nación. En otras palabras: según la manera cómo las sociedades definan y resuelvan los problemas del pasado, ellas podrán crear un proyecto viable de futuro.¹⁰

¹⁰ Manuel Antonio Carretón, "Memoria y proyecto de nación", en: *Revista de Ciencia Política*, Volumen XXIII, Número 2, Instituto de Ciencia Política, Universidad de Chile, 2003

MEMORIAS QUE REAPARECEN Y MEMORIAS EN DISPUTA: UNA PRIMERA APROXIMACIÓN

Los discursos de la memoria aparecen, como señala Andreas Huyssen: “*como consecuencia de la descolonización y de los nuevos movimientos sociales que buscaban historiografías alternativas y revisionistas*”¹¹ pero se intensifican –en el entorno de la vigencia de las corrientes posmodernistas de los 80; el desdibujamiento de las fuentes tradicionales de autoridad e identidad, y creciente individualismo– por la expansión del debate sobre el Holocausto y las resonancia de éste en las políticas genocidas de Ruanda y Bosnia, así como por el proceso de unificación europea (que obligaba a países como Alemania y Francia a re-pensar su propia participación en el Holocausto), por el colapso de la Unión Soviética (que marcaba el fin de una época histórica y posibilitaba la aparición de múltiples recuerdos de la Rusia pre-soviética), por el surgimiento de los proyectos identitarios de minorías en Europa Central y Oriental (en el marco de los nuevos mapas geopolíticos creados en esa región después de la caída del Muro de Berlín) y, ciertamente y de manera crucial, por la aparición de los temas de derechos humanos, crímenes contra la humanidad, y justicia y responsabilidad colectiva¹² como eje central en la agenda pública de numerosos países, en especial de Europa y América Latina, aunque no sólo en ellos.¹³ Sin embargo, no existe una sola memoria, sino interpretaciones plurales, diversas, simultáneas y en ocasiones contradictorias, en las que se juegan disputas, conflictos y luchas en torno a cómo procesar y re-interpretar el pasado. En esta línea, la comprensión de la memoria en tanto “*proceso abierto de reinterpretación del pasado que deshace y rehace sus nudos para que se ensayen de nuevo sucesos y comprensiones [...] (remeciendo) el dato estático del pasado con nuevas significaciones sin clausurar que ponen su recuerdo a trabajar, llevando comienzos y finales a re-escribir nuevas hipótesis y conjeturas para desmontar con ellas el cierre explicativo de las totalidades demasiado seguras de sí mismas*”,¹⁴ permite asumir que no existe “una” verdad histórica que de cuenta definitiva de procesos

¹¹ Andreas Huyssen, op. cit., p. 14.

¹² En esta línea, sin duda, la explosión de la memoria ha sido alentada y estimulada por los debates en torno al Holocausto, acontecimiento histórico convertido en paradigma de un pasado catastrófico. (Andreas Huyssen, op. cit.)

¹³ El problema de la memoria pesa, por ejemplo, en las relaciones entre Japón y China,

¹⁴ Nelly Richard, *Residuos y metáforas. (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición)*, Santiago, editorial Cuarto Propio, 1998, p. 29

que pueden ser interpretados de diversas maneras. En este sentido, la multiplicidad de los debates sobre el pasado en un gran número de países, así como la irrupción de memorias diversas y hasta cierto momento marginadas del ámbito público, ha evidenciado que no existen “verdades históricas” monolíticas ni tampoco una memoria colectiva que aglutine los recuerdos de toda la sociedad, sino que más bien coexisten memorias parciales e incluso antagónicas, aunque en cierto momento alguna de ellas aspire a ser hegemónica.¹⁵ Lo anterior se traduce en “batallas por la memoria”, en las que *“se enfrentan múltiples actores sociales y políticos que van estructurando relatos del pasado y, en el proceso de hacerlo, expresan también su proyectos y expectativas políticas hacia el futuro”*¹⁶ manifestadas, por ejemplo, en el ámbito jurídico y educativo y, de manera muy clara, en los rituales públicos de conmemoración o en la inscripción simbólica de “marcas territoriales” en los que evidencian los conflictos posibles sobre el qué, como y dónde preservar la memoria.¹⁷ En otras palabras: la memoria no constituye un territorio neutro sino, más bien, en terreno en el que se enfrentan una pluralidad de memorias que corresponden a las más amplia diversidad de grupos y actores sociales (sociales, políticos, religiosos, etc). En este sentido, podría afirmarse que –salvo en regímenes dictatoriales– no existiría una sola memoria social en la cual la totalidad de la sociedad pueda reconocerse dándole un sentido único al pasado sino que, más bien, “memorias en conflicto” que se contraponen en el espacio público en torno a cómo procesar y darle sentido a este pasado, en especial si este se refiere a situaciones de guerra, violencia represiva, traumas sociales, etc.

CUANDO LA MEMORIA REAPARECE: ALGUNOS CASOS HISTÓRICOS

En Europa, la re-emergencia de la memoria puede vincularse, en términos generales, con la caída del Muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría. En Alemania, en particular, ambos acontecimientos alentaron la apertura de interrogantes sobre el significado de un pasado que evidentemente no había concluido en 1945. Por otra parte, si bien la caída del Muro de Berlín auguraba en un principio el triunfo del liberalismo y la democracia,

¹⁵ Elizabeth Jelin, op. cit.

¹⁶ Elizabeth Jelin, op. cit., p. 43-44.

¹⁷ Véase: Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “infelices”*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 2002; y Elizabeth Jelin y Victoria Langland (comps.), *Monumentos, memoriales y marcas territoriales*, Madrid, Siglo XXI de España editores, 2003.

al poco tiempo reaparecían en ese país peligrosos síntomas de racismo y xenofobia que denotaban que negar el pasado podía tener consecuencias traumáticas si no era elaborado críticamente por la memoria. A lo anterior cabría agregar la aparición de nuevos documentos, testimonios, investigaciones y análisis que re-escribían la historia del país y reinterpretaban la memoria de un pasado largamente reprimido. En Alemania, aunque los dirigentes alemanes de la posguerra reconocieron la responsabilidad moral del país por su pasado nazi, fue el silencio soterrado, pero turbador, lo que permeó a la sociedad desde 1945 en adelante. En Alemania Federal, en el entorno de la Guerra Fría y del proceso de ‘desnazificación’ impulsado por las fuerzas aliadas, las energías colectivas se canalizaron hacia la reconstrucción. En la República Democrática Alemana, la cultura política stalinista se impuso a la del nazismo en una línea de continuidad, amén de que esta parte de Alemania se consideró a sí misma “liberadora” de un fascismo identificado con el capitalismo. En Alemania en su conjunto, los álbumes de familia se detuvieron en 1938 y se reanudaron en 1946 y hasta la década de los 60, la mayoría de la población se esforzó por olvidar los crímenes nazis. Sólo con la llegada a la edad adulta de una nueva generación nacida después de la guerra que quería conocer la verdad y de romper el silencio de su padres, así como por el impacto que tuvo el proceso organizado en Jerusalén en contra del organizador de la Solución Final, Adolf Eichmann y, en consecuencia la aparición en el escenario pública del tema del Holocausto, la sociedad alemana comenzó a confrontarse activamente con su pasado. La elección como Canciller de Willy Brandt (un resistente anti-nazi) marcó el inicio de un cambio importante, y su gesto de rendir en Varsovia un homenaje ante el monumento a los héroes de la insurrección judía del ghetto (1943) denotaba un cambio de sensibilidad y de reactivación de la memoria. Desde entonces, el pasado reciente ha estado cada vez más presente en el debate público y en la memoria colectiva alemana. Así, por ejemplo, la película *La lista de Schindler* impactó profundamente a los adolescentes alemanes y de igual modo, el controvertido libro de Daniel Goldhagen *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and Holocaust*,¹⁸ que replanteaba las interrogantes sobre las responsabilidades colectivas de toda la nación alemana en el Holocausto, causó un fuerte y sorprendente impacto sobre la sociedad alemana.

En Austria a su vez, y fundamentalmente a raíz del éxito electoral obtenido hace algunos años por el Partido Liberal dirigido por el simpatizante

¹⁸ Daniel Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners. Ordinary Germans and the Holocaust*, New York, Alfred Knopf, 1996. (Existe traducción al español).

nazi Jorge Haider, se ha producido también una profunda reflexión crítica en relación al pasado reciente, misma que se ha orientado a asumir que este país no fue simplemente la primera víctima del nazismo –eximible por tanto de cualquier responsabilidad en los crímenes nazis, tal como se había sostenido desde 1945– sino que por el contrario, Austria se había adherido fervorosamente a este régimen político, amén de que el nazismo tuvo fuertes raíces en Austria. Fue el “asunto Waldeim”, es decir, la acusación de que Kurt Waldheim, ex Secretario General de la ONU, había participado como oficial de la Wehrmacht en ejecuciones en los Balcanes, lo que hizo estallar la memoria, alentando un fuerte debate público en torno al pasado.¹⁹

Francia también se ha confrontado recientemente con algunas páginas oscuras de su historia. Por una parte, en relación a lo ocurrido durante los años de la ocupación alemana y la República de Vichy (1940-1944). Según la versión histórica oficial posterior a 1945, el régimen de Vichy fue un breve e infeliz interludio de la continuidad republicana francesa. Esta versión, que asumía de igual manera que la gran mayoría de la población apoyó a la Resistencia; no reconocía la responsabilidad del gobierno del mariscal Pétain en la deportación de miles de judíos a la Alemania nazi. Sin embargo, rigurosas investigaciones han documentado el papel real que jugó la República de Vichy en la historia francesa. Así, por ejemplo, el historiador Robert Paxton, en su libro *Vichy France. Old Guard and New Order*,²⁰ registra y da cuenta –en base a archivos alemanes capturados al final de la guerra y a otros materiales contemporáneos– de cómo la República de Vichy favoreció al régimen nazi más allá de lo que éste solicitaba, en especial en relación a sus políticas anti-semitas. Al mismo tiempo, si la colaboración francesa con los invasores nazis fue un capítulo relegado en la historiografía y en la memoria nacional, fueron los procesos a Klaus Barbie (1987), Paul Touvier (1994) y Maurice Papon (1997-98) –acusados todos ellos de persecución contra judíos y de genocidio– uno de los factores centrales en la reactivación de la memoria francesa. Esta reactivación se tradujo políticamente en la primera conmemoración oficial del 50 aniversario de la fecha en que trece mil judíos parisinos fueron detenidos en el Velódromo de Invierno y deportados a Alemania días después, conmemoración que fue presidida por el entonces Presidente Francois Mitterrand

¹⁹ Véase: Jorge Basurto, *El juicio político y moral a Kurt Waldheim*, México, UNAM, Instituto de investigaciones Sociales, 1995.

²⁰ Robert Paxton, *Vichy France. Old Guard and New Order*, New Cork, Univesities Presses of California, Columbia and Princeton, 2001. (Véase también : Henry Rousso, *Le syndrome Vichy de 1944 a nos jours*, Paris, Seuil, 1990).

el 16 de junio de 1992. En 1995 el Presidente Jacques Chirac reconoció la responsabilidad del Estado francés en la deportación de 70 mil judíos franceses a Alemania, y en fechas recientes se ha comenzado a identificar la propiedad confiscada y las obras de arte robadas a los judíos durante la segunda guerra mundial.

Por otra parte, un segundo pasaje de la historia francesa recientemente sacado a la luz es el de la guerra de Argelia (1955-1957), mismo que ha dejado cicatrices profundas en la conciencia colectiva francesa. Si bien existían pruebas de las atrocidades llevadas a cabo por el ejército francés en los momentos álgidos de esta guerra, ningún testimonio había sido tan contundente como las revelaciones aparecidas en el libro de memorias del general Paul Aussaresses²¹ —ahora un anciano de 83 años— relativas a las prácticas de tortura sistemática, ejecuciones sumarias y desaparición de personas durante la guerra de Argelia. Ello ha estremecido a la sociedad francesa, obligándola a volver su mirada consternada hacia esa etapa de su pasado hasta el punto que el Presidente Chirac ha condenado duramente dichos crímenes.

También en Europa Central y Oriental, el peso de la memoria resurgía en el escenario de los nuevos mapas geopolíticos creados en esa región desde la caída del Muro de Berlín. La incertidumbre del futuro en la región, reforzada por el rechazo al antiguo régimen político y el desencanto provocado por la economía de mercado, se tradujo no sólo en un reflujo hacia el pasado, el suelo, la tierra y la memoria de principios casi míticos de identidad, sino también en la revisión de capítulos recientes y controvertidos de la historia nacional. Un ejemplo lo constituye, en la Unión Soviética, el reconocimiento de la matanza de oficiales, soldados y civiles polacos ocurrida en mayo de 1940 en el bosque de Katyn²² a manos de las tropas soviéticas, documentada a partir de la apertura de los archivos de la KGB en 1990.

En los países del cono sur de América Latina, el tema de la memoria ha marcado el debate cultural y político de los últimos años, en particular en torno a la violación de los derechos humanos cometidos durante las dictaduras. Sin duda, la transición a la democracia fue un momento crucial para iniciar el ciclo de esclarecimiento, discusión y elaboración social de la memoria, a pesar de que las leyes de amnistía conocidas como 'Puntos Final y Obediencia Debida en Argentina' o la "política de la desmemoria" instrumentada por los gobiernos de la transición chilena como garantía de

²¹ Paul Aussarres, *Services Speciaux. Algerie, 1955-1957*, Paris, editions Perrins, 2001

²² Véase: Vladimir Abarinov, *The Murderers of Katyn*, New York, Hippocrene Books, 1993.

la gobernabilidad democrática, implicaran una voluntad gubernamental por imponer silencio y olvido. Si bien la naturaleza de los crímenes cometidos por las dictaduras, el gran número de detenidos-desaparecidos, el problema de cientos de hijos de detenidos-desaparecidos entregados a las fuerzas de represión, los arrestos arbitrarios, el encarcelamiento sin juicio, etc., pudieron estar adormecidos en la memoria colectiva durante largo tiempo, ciertas situaciones específicas dieron como resultado una reactivación de la misma. Cabe señalar como ejemplo, en el caso argentino, las revelaciones públicas de algunos oficiales argentinos (en especial el testimonio del capitán Adolfo Scilingo) sobre los pormenores del plan de exterminio de las víctimas de la dictadura o, en el caso chileno, la detención del general Pinochet en Londres.²³ En esta línea, fueron diversos los mecanismos implementados para preservar la memoria de los crímenes, detenciones arbitrarias y violencia represiva que tuvo lugar en aquellos países afectados por regímenes dictatoriales. Una de ellas fue la constitución de las Comisiones de la Verdad (cuyo objetivo fue investigar, registrar y dar conocer las más graves violaciones de derechos humanos²⁴), mismas que tuvieron un "carácter fundacional"²⁵ para el proceso de reconstrucción de la memoria. En este proceso jugaron un papel relevante la acción de numerosas organizaciones de derechos humanos y de familiares que hasta el día de hoy continúan reclamando verdad y justicia. Por otra parte, en el caso de Chile –en el que a diferencia de Argentina no hubo un juicio

²³ Sobre el impacto que tuvo la detención del general Pinochet para una re-evaluación teórico-política del proceso de transición democrática en Chile, véase: Lawrence Whitehead, *Some Significant Recent Developments in the Field of Democratisation*, ponencia presentada en el 18 Congreso de la Asociación Internacional de Ciencia Política, Québec, agosto 2000. (Sobre el significado que tuvo el arresto del ex dictador, véase también: Ariel Dorfman, *Más allá del miedo. El largo adiós a Pinochet*, Madrid, editorial Siglo XXI, 2002; y Ernesto Ekaizer, *Yo, Augusto*, Argentina, editorial Aguilar, 2003).

²⁴ En el caso argentino, el informe de la Comisión de la Verdad, presidido por el escritor Ernesto Sábato, llevó a que las cúpulas militares fuesen juzgadas, aunque el juicio fuese más simbólico que efectivo. (Véase al respecto: Claudia Feld, *Del estrado a la pantalla. Las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Madrid, Siglo II, España, 2002.) En el caso chileno, el Informe Rettig tuvo efectos más limitados dado la naturaleza de la democracia chilena, institucionalizada por una parte en la Constitución pinochetista de 1980, y por la otra, dado el carácter de la transición chilena en la que, según el investigador Tomás Moulian, se cambió el consenso por la desmemoria social. (Véase: Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, LOM ediciones, 1997).

²⁵ Patricia Funes, "Nunca más. Memorias de las dictaduras en América Latina. Acerca de las Comisiones de verdad en el Cono Sur", en: Bruno Groppo y Patricia Flier, *La imposibilidad del olvido. Recorrido de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay* La Plata, Ediciones Al Margen, 2001.

público a los militares por la presencia de Pinochet en el escenario político del país— la investigación histórica y sociológica ha documentado tanto las causas que llevaron al quiebre de la democracia como a la toma militar del poder y a la violación masiva de los derechos humanos.²⁶ De igual modo, en el caso chileno cabe destacar una enorme profusión de investigaciones periodísticas que han dado cuenta de las acciones represivas,²⁷ a las que se pueden agregar testimonios²⁸ y trabajos autobiográficos²⁹ que documentan el tema de la violación de los derechos humanos durante el régimen militar. Asimismo, el tema ha sido incorporado ampliamente en la creación artística: literatura,³⁰ teatro, cine, artes plásticas, danza y música.

LAS BATALLAS POR LA MEMORIA: ALGUNOS EJEMPLOS

Como ya se señaló previamente, no hay una sola memoria que unifique al conjunto de la sociedad sobre cómo “leer” el pasado. Por el contrario, existen enconadas controversias al respecto. Así, por ejemplo, en Francia, se han generado conflictivas interpretaciones en torno a la República de Vichy y el papel de la resistencia contra la ocupación alemana.³¹ En Alemania, los planteamientos del historiador Ernest Nolte —según los cuales el Holocausto fue “*una reacción, nacida de la ansiedad, a las aniquilaciones que ocurrieron durante la revolución rusa*”³² que ubicaban al régimen

²⁶ Véase: Alfredo Joclyn-Holt, *El Chile perplejo. Del avanzar sin transar al transar sin parar*, Santiago, editorial Planeta, 1998; y Ricardo Yocelvezky, *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura. 1970-1990*, Santiago, FCE, 2002.

²⁷ Véase para el caso chileno: Patricia Verdugo, *Los zarpazos del puma*, Santiago, editorial Cesoc, 1989; *Interferencia secreta. 11 de septiembre, 1973*, Santiago, editorial Sudamericana, 1998; y Antonio Cavallo (y otros), *La historia secreta del régimen militar. 1973-1988*, Santiago, editorial Grijalbo, 1989. Para el caso argentino véase: Pilar Calveiro, *Desapariciones. Memoria y desmemoria de los campos de concentración argentinos*, México, editorial Taurus, 2002.

²⁸ Véase: Hernán Valdés, *Tejas Verdes. Diario de un campo de concentración en Chile*, Santiago, LOM ediciones, 1996.

²⁹ Véase: Patricia Verdugo, *Bucarest 187*, Santiago, editorial Sudamericana, 2000.

³⁰ Para el caso chileno véase: Ariel Dorfman, *La muerte y la doncella*, México, editorial Seix-Barral, 1995; Carlos Franz, *Santiago Cero*, Santiago, editorial Seix-Barral, 1990; Jaime Collyer, *El infiltrado*, España, editorial Mondadori, 1989. Para el caso argentino véase: Carlos Gamerro, *El secreto y las voces*, B. Aires, Grupo Editorial Norma, 2002.

³¹ Robert Frank, “La mémoire empoisonnée”, en: J.P. Azéma y F. Bédarid, *La France des années noires*, Paris, Senil, 2000, tomo 2.

³² Ernest Nolte, “Between Myth and Historical Revisionism. The Third Reich in the Perspectives of the 1980s”, en: H.W. Koch, *Aspects of the Third Reich*, London, MacMillan, 1985, p. 36.

nazi en el mismo plano que otros regímenes igualmente abominables y, en última instancia, lo disculpaba diluyendo la especificidad del nazismo, generó una violenta respuesta por parte de Jurgen Habermas dando paso, a mediados de la década de los 80, a la conocida “querella de los historiadores”.³³ Este clima intelectual de reinterpretación del pasado, que postulaba la “normalidad” del caso alemán, se tradujo políticamente en la controvertida visita del entonces Presidente Ronald Reagan al cementerio de Bitburg (donde estaban sepultados soldados de las S.S. y soldados estadounidenses, implicando así que no existían ni víctimas ni culpables dado que todos los caídos eran similares en a muerte). Ciertamente, esta interpretación de la historia pavimentó posteriormente el camino para la reunificación alemana. En noviembre de 1990, Alemania despertaba “normalizada”, “reconciliada”. Exactamente un año antes, el 8 de noviembre de 1989, caía el Muro de Berlín. Esa fecha entraba en la historia como inicio de una nueva era, pero no se hacía mención de lo acontecido el 9 de noviembre de 1938, cuando miembros de las S.S. y turbas nazis incendiaron sinagogas y saquearon comercios judíos, golpeando y asesinando a numerosas víctimas en lo que se conoce como “la noche de cristal”. Este acontecimiento anticipaba lo que sería la posterior destrucción de gran parte de judaísmo europeo, y con ello la irrupción de la barbarie en la Europa moderna. En noviembre de 1990, durante el acto oficial de la reunificación alemana, los dirigentes políticos de las dos Alemanias destacaron que la celebración se refería no al fin de un pasado comenzado en 1933 sino a la “desdicha” que había caído sobre Alemania desde el fin de la guerra y durante los 45 años siguientes. En otras palabras: los líderes políticos alemanes celebrando el fin de una era comenzada cuando Berlín fue ocupada por los rusos sin referirse al hecho de que el Muro de Berlín había sido el resultado de una contienda desencadenada por el nazismo.³⁴

Las contiendas sobre el sentido del pasado pueden generarse desde el momento mismo en que ocurre el acontecimiento. Por ejemplo, en el caso del golpe militar en Chile en 1973, la dictadura justificó la asonada como la única “salvación” posible para prevenir una guerra civil, argumento ligado con la idea de una “refundación institucional”³⁵ en la que el año 1973 era

³³ Dan Diner, “The Historian’s Controversy”, en: *Tikkun Magazine*, March-April, 2001, p. 74.

³⁴ Sobre las interpretaciones del pasado nazi en la política alemana posterior a 1945, véase: Jeffrey Herf, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1997.

³⁵ Mario Sznajder, “Memoria y política en el Chile re-democratizado”, en: Bruno Groppo, op. cit., p. 181.

asimilado a la Independencia de 1810 y se intentaba borrar de la memoria colectiva los procesos constitucionales y las instituciones democráticas previas.³⁶ En este sentido, es significativo constatar el daño sufrido por el lenguaje. Así, por ejemplo, el golpe militar se volvió “pronunciamiento”; el dictador, “hombre providencial”; el combate a la ideología marxista, “defensa de los valores cristianos y occidentales”, y los crímenes, “razón de Estado”. Pero por otra parte, desde la memoria de las víctimas, el golpe fue una ruptura institucional que hizo volar en pedazos la historia pública del país, quebrando asimismo el sistema simbólico-cultural que había dado su sentido a la sociedad chilena, y dejando una estela de muertos, detenidos-desaparecidos, torturados, exiliados, etc.³⁷ De igual modo, las intensas polémicas en torno a las diferentes formas de pensar el pasado dictatorial prosiguieron en Chile durante la transición democrática. Si bien los gobiernos democráticos realizaron una serie de acciones para fijar la memoria de las violaciones a los derechos humanos (por ejemplo, el Informe Rettig, que daba cuenta de las muertes y desapariciones ocurridas durante la dictadura, los procesos jurídicos abiertos contra los militares encargados de organizar la represión, o el Informe Valech que documenta las torturas) como también una serie de actos simbólicos: destinados a romper con la versión de la historia ofrecida por el régimen militar, todavía existen sectores que insisten en dejar atrás el pasado y dar vuelta la página, al tiempo que en otros sectores de la sociedad siguen vivos ciertos nudos de memoria (por ejemplo, el caso de los detenidos-desaparecidos) en una reiteración permanente en busca de justicia.³⁸ Por otra parte, las disputas por las memorias en Chile –incluso entre la memoria “oficial” de los gobiernos democráticos y las que surgen a nivel de la sociedad civil– pueden ejemplificarse en los conflictos alrededor de los soportes a través de los cuales la memoria se materializa. Así, por ejemplo, si bien la iniciativa generada en 1991 de construir un monumento al Presidente Allende fue una propuesta del primer gobierno de la transición –y dicha construcción no

³⁶ Steve J. Stern, “De la memoria suela a la memoria emblemática: hacia el recordar y el olvidar como proceso histórico (Chile, 1975-1998), en: M. Garcés, P. Milos, M. Olguín, J. Pinto, M.T. Rojas, M. Urrutia (comps.), *Memorias por un nuevo siglo. Chile, miradas a la segunda mitad del siglo XX*, Santiago, LOM ediciones, 2000.

³⁷ Véase: Hernán Vidal, *Dar la vida por la vida. Agrupación Chilena de Familiares de Detenidos-Desaparecidos*, Santiago, Mosquito editores, 1996; y del mismo autor: *Chile: poética de la tortura política*, Santiago, Mosquito editores, 2000.

³⁸ Véase: Ricardo Capponi, *Chile. Un duelo pendiente. Perdón, reconciliación, acuerdo social*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1999.

estuvo exenta de conflictos—³⁹ la recuperación uno de los símbolos mas emblemáticos de la represión chilena, Villa Grimaldi, y su reconversión en un Parque de la Solidaridad fue iniciativa de la Agrupación de Ex Presos de Villa Grimaldi. Pero incluso en este caso, “*hubo polémicas intensas entre los sobrevivientes de la Villa y los familiares de las víctimas respecto a cómo preservar el sitio en ruinas. Emergieron tres posiciones básicas: 1) dejar a las ruinas de Villa Grimaldi tal y como existían en aquel entonces y colocar en el sitio una escultura sencilla para recordar a las víctimas. 2) reconstruir Villa Grimaldi exactamente como era cuando funcionó como centro de tortura, y 3): resemantizar a Villa Grimaldi a través de la construcción de un Parque por la Paz, no como símbolo de la muerte sino como un símbolo de vida.*”⁴⁰ Pero incluso si el lugar se re-construyó siguiendo los lineamientos de esta última alternativa, el “qué” y el “cómo” recordar pueden divergir según el recorrido que se haga y el “*lugar de enunciación*” del sujeto que da sentido al lugar”.⁴¹ Desde otra perspectiva, pero ligado con lo anterior, parte importante de las contiendas por la memoria reside en las estrategias –gubernamentales– para distorsionar los mapas del recuerdo, neutralizando el peso del horror y alentando nuevas “lecturas” en el marco de las políticas de reconciliación nacional impulsadas por los gobiernos de transición. Así, retomando el ejemplo de Villa Grimaldi en Chile, el diseño del Parque en forma de cruz con una fuente de agua en el punto de intersección hace alusión a la “purificación” que precede al re-encuentro,⁴² asumiendo implícitamente la posibilidad del re-encuentro entre víctimas y perpetradores. Por otra parte, no puede dejarse de hacer mención a la voluntad política por borrar las huellas, ruinas o restos de lugares significativos para la memoria de la represión, como fue evidente en el caso argentino con la propuesta del entonces Presidente Carlos Menem de desaparecer el que había sido el peor centro clandestino de detención y tortura durante la dictadura argentina, la Escuela Superior de Mecánica de la Armada, o en el caso chileno, en la paulatina borradura de “la arquitectura del espanto”,⁴³ es decir, en la conversión de casas de tortura y centros

³⁹ Véase: Catherine Hite, “El monumento a Salvador Allende en el debate político chileno”, en: Elizabeth Jelin y Victoria Langland (comps.), op. cit.

⁴⁰ Michael J. Lazzara, “Tres recorridos de Villa Grimaldi”, en: Elizabeth Jelin y Victoria Lagland (comps.), op. cit., pp. 130-131.

⁴¹ Michael Lazzara, op. cit., p. 129.

⁴² Rodrigo Arteagabeitia, *Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi: una deuda con nosotros mismos*, Santiago, Ministerio de la Vivienda, 1997.

⁴³ Tania Tamayo y claudia Lagos, “Arquitectura de espanto”, en: *Rocinante*, Santiago, número 37, julio 2003.

de detención en jardines de niños o en Institutos de Cultura dedicados al culto e investigación sobre los héroes patrios⁴⁴ o, en el mejor de los casos, en el “embellecimiento” de los memoriales, debilitándose así “la tenebrosidad del recuerdo”.⁴⁵

MÉXICO: EL OLVIDO Y LA CAUTELOSA EMERGENCIA DE LA DIFÍCIL MEMORIA DE: LOS MOVIMIENTOS POLÍTICO-ARMADOS

México no ha permanecido ajeno a este proceso de re-construcción de la historia y la memoria de su pasado.⁴⁶ Sin embargo, resulta sorprendente que el tema de los movimientos político-armados y la represión contra ellos durante los años de la denominada “guerra sucia” hayan sido hasta fechas muy recientes un tema oculto y silenciado, a pesar de su presencia casi ininterrumpida a lo largo de los últimos 40 años y al hecho de que su existencia fue uno de los factores fundamentales que dieron paso, primero a la Reforma Política, y más tarde, tanto al proceso de democratización como a la relevancia que hoy ocupan en el país los Derechos Humanos. Ciertamente, no resulta fácil en la actualidad aproximarse al tema de los movimientos armados en un entorno histórico, social y político caracterizado, en términos generales, por el desmoronamiento del bloque socialista, la disolución de los antagonismos ideológicos del siglo XX, la cancelación de las utopías revolucionarias, la falta de credibilidad de las instituciones políticas y el fin de las visiones heroicas de la política, entre otros factores. A lo anterior cabe agregar, en el caso específico de América Latina, el desvanecimiento de la problemática revolucionaria, profundamente ligado a la ampliación y consolidación de la democracia, así como el carácter reformista de la izquierda, la debilidad de la revolución cubana; el rechazo a la violencia,⁴⁷ etc. Sin embargo, y a diferencia de otros países de América Latina (Cuba, Nicaragua, Uruguay, Colombia, El Salvador o Argentina) en los que abundan estudios de diverso tipo sobre los movi-

⁴⁴ Tal es el caso, por ejemplo, del primer centro clandestino de detención de la dictadura, ubicado en la céntrica calle santiaguina de Londres número 38, ocupado ahora por el Instituto O'Higginiano de Cultura en memoria del Libertador Bernardo O'Higgins.

⁴⁵ Nelly Richard, “Sitios de la memoria, vaciamiento del recuerdo”, en: *Revista de Crítica Cultural*, Santiago, número 23, noviembre 2001, p. 12.

⁴⁶ Véase: *Revista 'Nexos'*, números 285 (septiembre 2001), 197 (septiembre 2002) y 309 (septiembre 2003); y *Revista 'Letras Libres'*, número 29 (mayo 2001).

⁴⁷ Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, México, editorial Joaquín Mortiz, 1993.

mientos armados⁴⁸, en México en torno a este tema ha existido, al menos hasta fechas muy recientes, un silencio institucional, un silencio académico y un silencio de los actores, a pesar de que la historia de la “guerra sucia” acontecida durante los años 60 y 70 ha dejado heridas sin cerrar en la memoria colectiva del país.

Institucionalmente, desde el inicio mismo de los movimientos guerrilleros –alrededor de 1965– el gobierno negó oficialmente su existencia, sin querer reconocer las causas que la habían originado, posiblemente para no dañar la imagen de estabilidad que el país ostentaba como dato singular en la América Latina de aquel momento. El autoritarismo político de la época y el control de los medios de información en un espacio público monopolizado por un discurso dominante de carácter maniqueo facilitaron dicha negación. Por otra parte –y salvo excepciones muy recientes relacionadas con el impacto que tuvo el levantamiento armado en Chiapas en 1994–⁴⁹ también ha sido notable el silencio de los historiadores (como asimismo el de los científicos sociales) a pesar de los interesantes avances desarrollados en el campo historiográfico y de la diversidad de temas abordados en fechas recientes por sociólogos y politólogos.⁵⁰ Ciertamente, en el caso de los historiadores, existieron límites institucionales, metodológicos y políticos que incidieron en este silencio. En primer término, el no reconocimiento oficial de la guerrilla clausuró el acceso a las fuentes documentales, base sustantiva de su labor. En esta línea, desde el inicio de la “guerra sucia”, quienes detentaron el poder tuvieron control absoluto de los archivos, cuidando de ocultar toda huella que comprometiera a políticos, militares y policías. A ello cabe agregar que el temblor de 1985, que derrumbó numerosos edificios en varias zonas céntricas de la ciudad de México entre los que se encontraban oficinas de la Dirección Federal de Seguridad –el organismo gubernamental dedicado al combate a la guerrilla– contribuyó a eliminar gran parte de los informes, prontuarios y registros allí existentes.⁵¹ Por otra parte, tampoco resultaba sencillo para los historiadores acceder a los archivos de los movimientos armados,

⁴⁸ Lancelot Cowie, *La guerrilla en la literatura hispanoamericana. Aporte bibliográfico*, Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1996.

⁴⁹ Véase: Carlos Tello, *La rebelión de las cañadas*, México, editorial Cal y Arena, 1998.

⁵⁰ Véase: Varios autores, *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1999; y: Alfredo Andrade, op. cit.

⁵¹ Entrevista con A.G., 9 abril 2003. (Los nombres de los entrevistados no son dados a conocer por decisión de la autora. *N. del E.*).

clandestinos por su propia naturaleza. De esta forma, tanto las condiciones organizativas de clandestinidad en que se movieron los grupos guerrilleros como el manejo secreto de la información oficial dificultaron el acceso de los historiadores a las fuentes documentales que habrían permitido construir la historia de la guerrilla en México. A lo anterior cabría agregar el poco interés de las editoriales para publicar investigaciones al respecto.⁵² Desde otra perspectiva, no puede dejar de mencionarse que la brecha que existió entre la gran mayoría de los intelectuales –no sólo de derecha sino también de izquierda– y el movimiento guerrillero, no alentó una aproximación analítica al tema.⁵³ Y en el caso de aquellos sectores intelectuales ligados o cercanos al movimiento guerrillero, la dura represión impactó en su posterior alejamiento de esfuerzos tentativos para acercarse al tema.⁵⁴

El silencio en torno a lo que fueron los grupos guerrilleros se extiende también a quienes participaron en la lucha armada en México. Tampoco ellos han podido articular una historia explicativa acerca de los movimientos político-militares en los que militaron. En palabras de uno de ellos: *“Aunque hemos sido participantes y testigos, y aunque tengamos documentos inéditos, no tenemos bagaje de historiadores, no sabemos cómo hacerlo, nos resulta difícil hacer análisis; todo eso implicaría tomar distancia y no siempre es posible Hemos sido y somos hombres de acción, más que teóricos o literatos”*.⁵⁵ Otro afirma: *“Pienso que no es importante darlo a conocer”*.⁵⁶ De igual modo, las formas de construcción de la memoria a través de testimonios y autobiografías de quienes participaron en movimientos armados son todavía muy débiles, no sólo como expresión de la dificultad para nombrar lo que había tenido lugar sino también ante la virtual inexistencia de un “otro” dispuesto a escuchar.⁵⁷ Es cierto que a últimas fechas y de manera paulatina, el tema de los movimientos político-armados ha comenzado a aparecer en el espacio público, en el marco de situaciones políticas y culturales específicas. Por una parte, la publicación a principios de la década de los 90 de novelas como las de Héctor Aguilar Camín y Carlos Montemayor despertó el interés por la “guerra sucia” ocurrida durante los años 60 y 70. Por la otra, el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en enero de 1994 evidenció que el tema de los movimientos político-armados en México no era solamente un asunto del pasado.

⁵² Entrevista con A.L., 5 mayo 2003.

⁵³ Entrevista con A.G., 9 abril 2003.

⁵⁴ Entrevista con A.L., 5 mayo 2003.

⁵⁵ Entrevista con S.C., 25 de mayo 2003.

⁵⁶ Entrevista con A.L., 5 de mayo 2003.

⁵⁷ Véase: Elizabeth Jelin, op. cit., cap. 5.

Por último, el proceso de apertura política en el tránsito de un régimen autoritario a otro democrático permitía abrir los espacios para incorporar la palabra de los actores políticos silenciados y dar paso a los relatos contenidos o censurados previamente. Así, por ejemplo, en 2001 se creó una Fiscalía Especial orientada a investigar los crímenes políticos cometidos en el pasado y a castigar a los responsables.⁵⁸ Ese mismo año el gobierno entregó al Archivo General de la Nación numerosos paquetes conteniendo los millones de documentos generados por los servicios de inteligencia entre 1960 y 1980. Por otra parte, información obtenida por la Comisión Nacional de Derechos Humanos permitía comprobar quienes fueron los presuntos miembros de las fuerzas encargadas de combatir a las organizaciones político-militares durante la primera mitad de los 70 responsables de la desaparición de varios jóvenes ocurrida durante ese período.⁵⁹ Asimismo, en el marco del juicio realizado al interior del ejército en contra de algunos generales acusados de tener vínculos con el narcotráfico, salían a la luz testimonios de miembros de las Fuerzas Armadas que permitían reconstruir la forma como en los años 70 el ejército actuó contra miembros de los movimientos armados o sus simpatizantes ⁶⁰. Desde otra perspectiva, en 1988 un grupo de ex militantes fundó el Centro de Investigación Histórica de los Movimientos Armados, a fin de recuperar y preservar la historia de los movimientos guerrilleros a través del rescate de documentos y testimonios de la época. En el terreno académico surgía también un cierto interés por el tema. En el año 2002 el Colegio de Michoacán y el Centro de Investigaciones en Antropología Social organizaban en la ciudad de Morelia el Coloquio *La guerrilla en las regiones de México. Siglo XX* a fin de analizar la guerrilla desde la lógica del poder y desde la lucha de una oposición que transgredió los cánones fiados por el estado de derecho. De igual modo, se hacían públicos algunos trabajos históricos que, desde diversas perspectivas, abordaban el tema.⁶¹ Sin embargo, aun son muchas las

⁵⁸ El castigo supone que la Fiscalía tiene atribuciones que van más allá de las que tuvieron las Comisiones de la Verdad, y de hecho, ha iniciado acciones contra muchas de las personas involucradas en la "guerra sucia".

⁵⁹ *Proceso*, Núm. 1337, 16 de junio 2002.

⁶⁰ *Proceso*, Núm. 1356, 27 de octubre 2002.

⁶¹ Véase: Alberto Guillermo López Limón, *Autoritarismo y cambio político: historia de las organizaciones político-militares en México, 1945-1965*, Tesis de Maestría en Ciencia Política, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 2000; del mismo autor: *Historia de las organizaciones político-militares de izquierda en México. 1960-1980*, Tesis de Doctorado en Ciencia Política, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UAM, 2003; además: Mauricio Abraham Laguna, *La prensa clandestina*

limitaciones para que el tema alcance la relevancia pública y política que se merece como parte de la historia mexicana. Así, por ejemplo, si bien la Fiscalía que investiga los crímenes políticos producidos en el pasado sustentándose en testimonios, declaraciones judiciales de testigos de los hechos, documentos existentes en archivos existentes, fotografías, etc., ha logrado credibilidad, se ha enfrentado a un sistema judicial que ha llegado, incluso, a determinar la prescripción de los delitos. Si bien la labor de investigación de la Fiscalía ha sido bastante exhaustiva, ésta ha enfrentado obstáculos serios: carencia de recursos humanos, dificultad para acceder a documentos desclasificados, falta de cooperación de quienes jugaron roles políticos relevantes en el pasado, etc. Además, el ejército se ha rehusado a proporcionar información a la Fiscalía, optando por adoptar sus propios métodos y tribunales.⁶² Por otra parte, si bien ya se encuentran disponibles millares de documentos en el Archivo General de la Nación⁶³ existen diversos problemas que dificultan que éstos se conviertan en instrumentos útiles de análisis. En primer término, como lo ha señalado el investigador Sergio Aguayo, los cuerpos de seguridad mexicanos –que para justificar su existencia exageraban las amenazas internas a la seguridad así como el poder y peligrosidad de sus enemigos– elaboraban informes en los que se mezclaba “la precisión con los errores, la información relevante con lo intrascendente”,⁶⁴ lo cual obliga a los interesados en el tema a interpretar los en términos de la lógica de quienes escribieron y archivaron los documentos a fin de establecer los nexos que le den sentido a los hechos. En segundo término, a la inexistencia de un índice ordenador del material, cabe agregar las restricciones en la consulta, el control sobre los documentos, el bloqueo en el acceso a la información y la negativa a proporcionar el permiso para revisar determinados expedientes, etc.⁶⁵ Todo lo anterior ha dificultado hasta el momento el trabajo de los especialistas evidenciando también que “*los archivos no son neutros ni se articulan sólo como receptáculos de información, sino que despliegan prácticas burocráticas que ponen en juego la normativa y las identidades institucionales*”.⁶⁶

en México. *Caso del periódico Madera. 1973-1981*, Tesis de Licenciatura en Comunicación, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, 1997.

⁶² *Proceso*, Núm. 1381, 20 abril 2003.

⁶³ Aunque es de suponer que, dado el carácter ilegal y arbitrario de la lucha contra los movimientos guerrilleros, muchas acciones no dejaron registro escrito o documental.

⁶⁴ Sergio Aguayo, *La charola, Una historia de los servicios de inteligencia en México*, México, editorial Grijalbo, 2001, p. 14.

⁶⁵ *Proceso*, Núm. 1370, 2 de febrero 2003.

⁶⁶ Luzmila da Silva Catela y Elizabeth Jelin (comps), *Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad*, Madrid, Siglo XXI editores, 2002.

Por otra parte, el Centro de Investigación Histórica de los Movimientos Armados fue disuelto, quedando dispersos o bajo custodia particular los documentos y testimonios de los que se disponía. Así, en relación a los movimientos político-armados y a la represión consiguiente, parecería existir todavía un silencio colectivo. En un contexto de violencia, inseguridad, discriminación, desempleo y escasa vigencia de los derechos económicos y sociales, el desinterés por recuperar la memoria se traduce en una "des-dramatización" del pasado, en el que se privilegia la preocupación por el presente y el futuro. Por otra parte, el interés por la apertura de la memoria tampoco ha congregado a los jóvenes a diferencia, por ejemplo, de la transición argentina donde los jóvenes coreaban canciones de Mercedes Sosa prohibidas durante la dictadura, o de la transición española donde adolescentes recordaban canciones de la guerra civil. Asimismo, la demanda de justicia parece haberse centrado en un pequeño núcleo: familiares y ex militantes. El resto de los actores políticos parecen estar sumidos en la indiferencia, o en la disputa electoral, como es el caso de la casi totalidad de los partidos políticos.

REFLEXIONES FINALES

Ciertamente, la memoria es una construcción social del pasado y tiene, por tanto, un carácter histórico. Es decir, está sujeta a cambios, transformaciones y fracturas acordes a los cambios políticos y culturales o a la modificación de la sensibilidad social en momentos específicos. Ciertamente, la re-emergencia de la memoria está profundamente ligada a la construcción de futuros democráticos para los países, aun reconociendo que ella está también llena de olvidos; (o, en palabras de Mario Benedetti, "el olvido está hecho de memorias"). Olvidos y silencios son parte central de la memoria la cual, en tanto re-interpretación del pasado, es una narrativa selectiva, arbitraria y fragmentaria. Así como la memoria total es imposible —como ya lo expresaba Jorge Luis Borges en "Funes, el memorioso"— tampoco es posible el olvido total, aunque existan diversos tipos de olvido.

Así, por ejemplo, y siguiendo a Elizabeth Jelin, el "olvido profundo" borra hechos y procesos del pasado y parecería ser, por tanto, definitivo, aunque si se transforman los marcos culturales y políticos podría re-aparecer. Pero los olvidos pueden ser también resultado de una expresa voluntad política en la cual se desarrollan estrategias para impedir la recuperación de la memoria en el futuro. Pero también existe un olvido "evasivo", es decir, un intento por no recordar lo que puede herir, y que es frecuente en situaciones históricas posteriores a traumas sociales

colectivos (guerras, masacres, genocidios, etc).⁶⁷ Pero los olvidos tienen también otra faceta: el silencio. Silencios obligados, como el mantenido durante la dictadura franquista, por ejemplo.⁶⁸ O silencios voluntarios en otros casos, de no transmitir y de no relatar, a menos que se encuentren los interlocutores adecuados, situación que puede darse en determinadas coyunturas históricas. Memoria y olvido se juegan, así, en un frágil equilibrio de fuerzas ligado a los cambiantes sentidos e interpretaciones del pasado que siempre, en última instancia, responden a interrogantes del presente y, asimismo, a proyecciones hacia el futuro. Así, por ejemplo, Europa, al recuperar la memoria de lo ocurrido en décadas recientes, se confrontaba con su propio pasado xenófobo y racista, sabiendo que si se reprime parte de la historia, ésta puede regresar aun con mayor violencia. De forma similar a Alemania, que suponía con la reunificación se ponía fin a una etapa del pasado que quería olvidar, el Viejo Continente asumía que con el fin de la Guerra Fría, la integración de las economías, el triunfo del liberalismo político y la expansión de la democracia (como idea y también como régimen político) se presagiaba el umbral de una nueva era. Sin embargo, al poco tiempo, la conciencia de las democracias occidentales se confrontaba con viejas y olvidadas heridas. Europa volvía a ser testigo de que la bandera de la “limpieza étnica” volvía a ser levantada en los Balcanes, por ejemplo, para detener, expulsar y eliminar sistemáticamente a millones de personas. Las imágenes desoladas de familias enteras desposeídas de sus bienes y circulando en trenes para ganado levantaban la amnesia que había caído sobre un pasado todavía relativamente reciente. Pero también, en su propio interior, las sombras de un pasado que había permanecido subterráneo, volvían a emerger, ligadas ahora al futuro de una Europa global y comunitaria. La memoria de un pasado ultra-nacionalista, xenófobo y racista volvía a recorrer Europa. En Italia, Bélgica, Suiza, Austria y Francia aparecían movimientos de ultra-derecha que no sólo actuaban con violencia en las grandes urbes mediante explosiones racistas, sino que adquirirían un notable auge entre la juventud⁶⁹ y un importante peso político por medio de las urnas. En algunos casos, como en Austria, Holanda, Italia o Dinamarca, los partidos de ultra-derecha se incorporaban a gobiernos conservadores. En otros, como Francia o Alemania, quedaban fuera de las instituciones nacionales, pero dentro de los gobiernos locales. Ciertamente, los líderes de la ultra-derecha europea niegan ser los

⁶⁷ Elizabeth Jelin, op. cit.

⁶⁸ Véase: José F. Colmeiro, *Memoria histórica e identidad cultural. De la post-guerra a la pos-modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2005.

⁶⁹ “Cada vez más joven la ultra-derecha”, en: *Excelsior*, 23 de abril de 1997.

herederos de tesis fascistas pasadas. Jean Le Pen, por ejemplo, se define a sí mismo como un “liberal de centro derecha” opuesto a la intervención estatal en economía y política, aunque para él la cuestión clave a combatir sean la unidad europea y la inmigración extranjera, contra la cual dirige un discurso excluyente, nacionalista y xenófobo, que se inserta y expande en una Europa globalizada y comunitaria que, al mismo tiempo que constituye un bloque económico tan poderoso que puede hacerle frente a Estados Unidos y Japón, se enfrenta al difícil tema de su relación con el pasado, al tiempo que adormece la memoria en torno a lo que significó la caída del Muro de Berlín, del cual hoy queda solamente una placa metálica en el suelo con la inscripción “Berlín Wall. 1961-1989”.⁷⁰

Con respecto a nuestro continente cabría preguntarse: ¿Qué tendrá mayor fuerza, el peso del olvido o el vigor de la memoria histórica? La pregunta se vuelve crucial a la luz de los desafíos que presentan la consolidación democrática y de construcción de un proyecto futuro de nación. Procesos tales como la desazón frente al fracaso de las esperanzas desarrollistas de los años 50 y 60, las crisis políticas de los 70, el fracaso de las guerrilla urbanas, el resurgimiento de las dictaduras militares, la “década perdida” de los 80, y la cada vez más acelerada inserción en un orden económico global con altos costos sociales ligado a la reducción del Estado y sus responsabilidades ante la ciudadanía y la debilidad institucional democrática obligan, ciertamente, a volver el rostro al pasado para re-interpretar de nueva cuenta lo que hemos sido (o no) y lo que hubiéramos podido ser si los procesos fallidos del desarrollo social no hubiesen sido tales. En esta línea, la re-escritura de la Historia se convierte en un tema problemático, más allá de las fracturas y contradicciones de un discurso histórico oficial, insuficiente ya para legitimar un proyecto de nación y de identidad nacional sustentados sobre los principios de unidad política y homogeneidad. Pero en el caso de los países que sufrieron feroces dictaduras militares, pensar proyectos futuros de nación para alcanzar una democratización no sólo política, sino también social y cultural supone, necesariamente, un compromiso con la memoria y una cabal oposición a las políticas del olvido, voluntarias o inducidas, que han estado también presentes en los gobiernos post-dictatoriales, afectos además a conducir a sus países a una “modernización” sustentada no sólo en el libre mercado sino en la cultura de lo efímero, la brevedad informática, el privilegio de la imagen y la farandulización de la política.⁷¹ Este espacio de memorias

⁷⁰ Al respecto, véase el número especial de la revista *Metapolítica*, titulado: 1989-2004. *La caída del Muro 15 años después*, Noviembre 2004.

⁷¹ Véase: Carlos Ossa (comp.), *La pantalla delirante. Los nuevos escenarios de la comunicación en Chile*, Santiago, LOM ediciones, 1999.

porosas permite que se nutran las estrategias del olvido y que en aras de la “reconciliación” se tejan los hilos de la desmemoria. Si bien retóricamente la memoria del pasado inmediato ha sido incorporada en el discurso de reconstrucción democrática, pareciera, por el contrario, que el imaginario del futuro anulara la memoria de aquel oscuro período. Así, por ejemplo, no es casual que haya sido un iceberg –llevado desde los mares del océano Atlántico hasta las costas de España– la figura que representó a Chile en la Exposición de Sevilla en 1992. En el entorno del optimismo modernizante cimentado en los triunfos económicos de la década de los 80, el iceberg mostraba una imagen de Chile como un país en tránsito a la democracia, eficiente, calculador e imaginativo al estilo europeo y por lo tanto, muy diferente al tropicalismo del resto de la región. La simbólica del iceberg, en su frialdad, representaba para el gobierno de la reapertura democrática una condición natural y virginal, lo cual “dejaba en claro el corte histórico con el pasado que pretendió trazar el Chile de la Transición con el pasado utópico-revolucionario del latinoamericanismo de los 60 y con el pasado traumático de la dictadura militar”.⁷² Aunado a lo anterior, la creciente despolitización –una de las herencias de las dictaduras militares– dificulta el reforzamiento de una “cultura de la memoria” sin la cual todo proceso de transición democrática quedará inconcluso. Sólo cabe, en estos casos, alentar y fortalecer la idea de que la construcción y la perduración de la memoria es una tarea ciudadana, en la que podría realizarse la síntesis entre la memoria y la esperanza.

⁷² Nelly Richard, op. cit., p. 175.